

EXPERIENCIA



UNA EXPERIENCIA COMUNITARIA

«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el final. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando En adelante ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su Señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre» (Jn 15, 13-15)

Se les viniera o no a la memoria esta impresionante página del Evangelio, la verdad es que ellos, los cuatro hermanos maristas, habían optado por estar, por quedarse, por permanecer, en absoluta soledad. En total desamparo. Por «los suyos», por si volvían «los suyos».

No eran unos héroes. Ni eran unos inconscientes. Tenían miedo en el cuerpo y en el alma. Conocían de sobra los riesgos que comportaba su decisión. Miguel Ángel había escrito, hacía ya un mes y medio, unas frases tremendas en una tarjeta postal: «Sé que mi destino es morir en África. Sé que no soy un héroe; pero siento que tengo que ser consecuente con lo que Dios me pide en estos momentos. Todo es urgente y provisorio, muy provisorio. Sólo Dios sabe qué puede ocurrir; pero sabe y... calla. A nosotros nos toca creer, esperar y amar siempre. Y eso es lo que hacemos, montados en la incertidumbre, casi como a caballo».

Así escribía él, que era --con sus cincuenta y tres años de edad-- el mayor de la comunidad marista de Bugobe. El que más y mejor conocía África. Desde 1974 misionaba en el continente africano, en Costa de Marfil. Como profesor, como catequista, como director del colegio Marcelino Champagnat, en Korhogó. Antes, durante casi diez años, había evangelizado en Argentina. Debíó de Parecerle que se debía a los más pobres y a los más jóvenes. Pasó, por eso, a África, tierra de la mayor pobreza, continente que revienta de juventud. A mediados del 95 se trasladó a Kivu, voluntario. En busca de mayores urgencias, por descontado, como le pedía su corazón y su compromiso misionero.

Al igual que Servando y que Fernando, también Miguel Ángel había nacido en la provincia de Burgos. En el pueblo de Villalaín. Era recio, de cuerpo, de espíritu. Pero no era un héroe. Le rondaba el miedo. Llevaba aún poco tiempo en el campo de refugiados de Nyamirangwe y ya se daba cuenta de que la tragedia podía desencadenarse de un momento a otro. Había llegado a Bugobe en el mes de junio, algo después de haberlo hecho Servando y ya, en octubre de 1995, el 6 de octubre, tenía que escribir que el trabajo de los hermanos entre los refugiados se desarrollaba «bajo el filo de la espada continua y permanente de la inseguridad de que un día u otro puede ser más trágico aún para todos». Y termina: «¡No sabemos cuál va a ser nuestro futuro!».

De héroe, pues, nada. Ni Miguel Ángel ni ninguno de sus compañeros. Eran unos comprometidos con los más pobres. Eran hombres, como cual-

quier otro, pero comprometidos con el Evangelio. Aquí estaba la diferencia. Sentían miedo porque eran hombres de carne y hueso, amantes de la vida; pero se habían entregado, desde la fe, al servicio de los más pobres y desventurados. Por eso se quedaban. Los cuatro, a una, habían escrito: «Si nos ordenan regresar, lo haremos; pero si sólo nos lo aconsejan, preferimos quedarnos».

Conscientes de los riesgos, de los peligros, de la posibilidad de una muerte violenta, sí. Les llegará el 31 de octubre. Ese mismo día, por la mañana, a eso de las nueve y media, Servando pudo comunicarse telefónicamente con la Casa general del Instituto, en Roma. Informó a sus superiores que se habían marchado del campo de Nyamirangwe todos los refugiados. Y añadía: «Estamos solos. Esperamos un ataque de un momento a otro. Si esta tarde no volvemos a telefonar, será una mala señal». Dirá también: «La zona está muy agitada. Los refugiados huyen sin saber adónde; y es muy notoria la presencia de infiltrados y de personas violentas».

No estaban ciegos. No se negaban a ver la realidad. No trataban de engañarse a sí mismos; aunque –¡y esto sí que es muy hermoso!– intentaban que sus seres más queridos no se intranquilizaran demasiado por su suerte. Servando había comentado muy espontáneamente que si no volvían a llamar por teléfono a Roma, sería una mala señal... Quiso, de inmediato, quitarle hierro a la frase. Se apresuró a decir: «Lo más probable es que nos quiten la radio y el teléfono». Decía con esto una gran verdad, porque sí que era probable que los hombres de la guerra quisieran hacerse con una radio y un teléfono. O que, por lo menos, ningún testigo de sus desmanes, atropellos y crímenes contara con unos medios técnicos para darlos a conocer a todo el mundo.

Pero no era toda la verdad. El verdadero alcance de ese «será una mala señal» no podía ser otro que la probabilidad de morir asesinados. Pero, ¿para qué alarmar a nadie antes de tiempo si lo que podría ocurrirles ya no tenía remedio humano alguno, tal y como estaba de agria y dura la situación? A las dos de la tarde de ese mismo 31 de octubre, Roma pudo hablar con Servando y con Julio. La Casa general quería saber por qué se quedaban, qué razones tenían para exponer a cuerpo descubierto –«estamos solos»– sus vidas. Respondió Servando, como superior de la comunidad. Roma quiso conocer además el criterio de Julio. Contaba Julio con una mayor experiencia de África. Con una mayor experiencia del Zaire. Había llegado a ese país por agosto de 1982 y en él había permanecido –entre Kinshasa y Kisangani–

desde entonces, salvo unos cortos tiempos en que regresó a España para completar su formación religiosa y académica; y para tomarse un respiro vacacional en sus trabajos.

En el Zaire estaba cuando se ofreció para trabajar en los campos de refugiados del sur de Kivu. Él, mejor que ninguno de sus hermanos, sabía a qué iba a exponerse. Pero, ¿cómo negarle al África de sus amores esta última. Y arriesgada prueba de su amor? Una hermana de Julio lo dirá muy expresamente cuando se supo ya con toda certeza que había sido alevosamente asesinado. Julio estaba en África «por vocación; porque era lo que quería; por ayudar a los demás».

Amaba, sí, al zaire y lo conocía con plena lucidez. Había vivido en la capital del país; había hablado con mucha gente del pueblo y de las elites; con muchos sacerdotes nativos, con numerosos misioneros extranjeros. Pero era «el benjarnín» del grupo de hermanos maristas. El más joven. Acababa de cumplir sus primeros cuarenta años de vida. Tenía, pues, cuatro años menos que Servando; doce menos que Fernando; trece menos que Miguel Ángel. Tal vez –podían pensar en Roma– amaría la vida más que sus compañeros. Y estaría menos dispuesto a sacrificarla... inútilmente. En la curia general se olvidaban, parece, de que Julio era natural del pueblo vallisoletano de Piñel de Arriba, lo que es tanto como decir que era un castellano de pro, de una sola pieza, recio, fornido. Se había dejado, en los últimos tiempos, crecer un bigote poblado, casi un mostacho. A lo Groucho Marx, para mayor exactitud en la descripción. Le daba a su rostro un toque de fortaleza, de madura hombría. Puede ser que con su bigote persiguiera hacer olvidar a sus compañeros que era el más joven. Y el que menos tiempo –sólo dos meses– llevaba trabajando en el campo de Nyamirangwe.

Servando y Julio, Julio y Servando, no mantuvieron con sus superiores sino un único y unánime discurso. Se quedaban, se quedaban, se quedaban. No era testarudez. Tenían, a su entender, una muy buena razón para permanecer en su sitio pese a mil pesares. Los refugiados podían retornar en cualquier momento. Los hermanos maristas tenían que estar ahí para acogerles y para encauzar, en lo posible, las aguas de la desbandada.

Había, además, otra razón de tanto o mayor peso. No podían huir, no debían huir, para que nadie pensara que se unían a los milicianos hutus. No aprobaban, en modo alguno, la táctica de éstos. Veían muy claro que los milicianos y los soldados de las Fuerzas Armadas Ruandesas, que habían perdido la guerra del 94, intentaban servirse de los refugiados civiles como

de «escudos humanos», para protegerse de los disparos de los banyamulenge o tutsis del Zaire, sus enemigos más declarados, sus perseguidores a muerte. Unirse a los refugiados, en estas concretas condiciones, podría parecer a más de uno que los misioneros estaban de acuerdo con la política de las milicias hutus.

Y esto, no; no era verdad. Ellos propiciaban el retorno de los refugiados a Ruanda o, en el caso de los burundeses, a Burundi. Tenía que ser, sin embargo, un retorno voluntario, libre, absolutamente libre y con previas garantías de que, una vez en su patria, no iban a ser ciudadanos de segunda categoría. Peor aún: encarcelados y asesinados. No propiciaban el mantenimiento sine die, indefinido, permanente de los campos de refugiados. La vida en tales inhumanas aglomeraciones no era vida digna, vida humana. No tenía futuro alguno. Los campos habían sido proyectados como una solución de emergencia. Para unas pocas, —en el peor de los casos— semanas. Para unos meses. Llevaban ya funcionando más de dos años y el deterioro físico y material de los campos era evidente. Como era también el deterioro moral, de la vida familiar, de la fidelidad matrimonial, de la moral cívica de la simple buena vecindad. El deterioro psicológico comenzaba ya a causar estragos. Había gentes que iban perdiendo la cabeza, que se sumían en la depresión más amarga, sin esperanza alguna.

Pero la solución de los problemas no podía venir ni de la violencia de las milicias interahamwes ni de lanzar al millón doscientos mil refugiados a un éxodo demencial y suicida. por eso ellos no podían sumarse a los que huían.

Así hablaron los dos, Servando y Julio, Julio y Servando. Lo tenían muy claro. Y puesto que de claridades hablaban, Benito Arbués, superior general de los hermanos maristas, pudo recordar en esos momentos, aquel otro del último mes de mayo en el que Julio decía también que «lo tenían todo muy claro». Benito —desde Roma, por teléfono— conversaba con Julio, que formaba parte de la comunidad marista de Gorna. Le proponía un traslado, dentro del Zaire al campo de refugiados a Bugobe. Se lo proponía, no se lo imponía; y, para que Julio decidiera con toda libertad, Benito le indicaba la conveniencia de que se lo pensara durante unos días. «Lo tengo muy claro» le cortó Julio. Y continuó: «No me hagas que vuelva a telefonarte para decirte que sí».

Igualito ahora. Julio y Sevando, Servando y Julio, lo tenían muy claro. En los últimos días, habían ponderado mucho las dos razones que invocaban ante sus superiores de Roma. Les parecían de peso; de mucho peso, cierta-

mente. En su opción de quedarse, de permanecer, se jugaban la vida. Con no pequeña probabilidad. Ese «nos hemos quedado solos»; ese «los refugiados están huyendo a la desbandada y llenos de pánico» que Servando puntualiza en la conversación con el Superior general, no son sólo unos datos de la crónica que están viviendo. Son la expresión de que no ignoran los riesgos a los que se exponen. El ideal, sin embargo, vale más que la vida. La suya, la de los cuatro, va a quedar en las manos de los banyamulengue. Servando se lo indica a su Superior general: «Tal vez los banyamulengue que llegan nos vayan a hacer daño y puedan tornar represalias contra nosotros».

Se equivocaba Servando al concretar la identidad de sus presumibles verdugos; o, si el término es excesivo en esa hora, de sus más que probables contendientes. A los banyamulengue no les podían caer en gracia unos misioneros que se habían desvivido en atender, cuidar, promover a los hutus de los campos de refugiados. Huían éstos, despavoridos; llegaban los «tutsis del Zaire», victoriosos, incontenibles, con sed de venganza. ¡Era lógico que hicieran pagar el pato a quienes habían trabajado –y tanto!– por los odiados hutus!

Pero Servando se equivocaba. No serían tutsis sus asesinos. Serían hutus. Incomprensiblemente, sin lógica alguna. De hecho, las primeras noticias que fueron llegando del cuádruple asesinato daban como autores de las muertes a los banyamulengue. Más adelante, hecha la investigación y a tenor de lo que declaraban los testigos oculares del trágico suceso, se pudo saber que los protagonistas de los crímenes habían sido los hutus. Pero, ¿es que hay lugar a discurrir con un mínimo de lógica en el vendaval de una guerra civil sin cuartel?

Entresaco algunos párrafos de las cartas de Servando:

«La felicidad no se encuentra en lo que la mayoría de los hombres la buscamos. Pero que no se os olvide, siga siendo el mismo Servando de siempre. Igual de sinvergüenza. Lo único que he tenido la enorme suerte de vivir esta experiencia, que nos vendría de maravilla a todo ser humano».

«Yo estoy asombrado de mí mismo. Vivo con una enorme serenidad y paz. Sólo Dios sabe lo que nos espera al día siguiente. Pero Él nos da la seguridad de que el futuro, mi futuro y el futuro y la vida tan precaria, de los refugiados está en sus manos de Padre, que nos ama, y

de manera especial a éstos, sus hijos, que son los más pobres y sólo de Dios esperan la salvación. ¡Han sufrido y sufren tanto!... Tienen tan poca esperanza y confianza en la buena voluntad de los hombres que sólo de Dios les puede venir la salvación».

«Es muy duro contemplar todo lo que aquí se ve, pero os aseguro que siento tanta satisfacción de ver que la gente aprecia tantísimo tu presencia, que uno no cambiaría este trabajo por ninguno otro. Así que os repito una vez más que no sufráis por mí, que me encuentro más contento que cuando estaba en España y no me falta de nada. Lo que hace falta es que la gente se preocupe porque acaben estas situaciones que viven personas como nosotros, que en su mayoría son inocentes. ¡Qué culpa tiene el casi millón de refugiados!»

«Por lo demás aquí el trabajo no es grande. No hay muchas cosas que hacer. Lo más importante es estar cerca de la gente y ayudar en lo que se puede. Yo, lo cierto es que estoy muy contento de tener esta experiencia. La verdad es que la gente vive en condiciones verdaderamente inhumanas. Es una realidad inimaginable. Aquí se encuentra uno con situaciones que por ahí no se pueden imaginar. Y lo malo es que la gente es muy pesimista sobre el futuro que les espera».



